flaqueza humana. Las almas buenas caminan hacia Dios con sus virtudes y con el conocimiento de sí mismas, pero reciben el polvo del camino y la humillación de los inevitables desaciertos e ignorancias.

Abrázate, alma buena, con estas humillaciones ; ama y confía, que de ese modo crecerás en el amor y adelantarás en sus caminos. No te entristezcas ni desalientes. No des entrada al temor, sino entrégate confiada a tu Dios.

El recuerdo de las ofensas e infidelidades pasadas es el mayor tormento del alma y a veces hace apreciar mal la justicia de Dios y temer la muerte; las ofensas pasadas cuanto más duelen y más se lloran, más torturan y parece que nunca se acaban de perdonar; este sentimiento engendra desconfianza y son necesarios actos de fe y de contrición juntamente para auyentar este temor. Arrepentimiento y fe unidos hacen renacer la confianza en Dios y la esperanza de conseguir el cielo, recuerdan la rebeldía del pasado contra el Creador, lo que fuimos por nuestra desgracia, y ahora perderíamos mil vidas que tuviéramos por no ser como fuimos. De estos actos sale el alma más humillada, más ansiosa y encendida en el amor divino y con mayor firmeza en los propósitos de una continua oblación.

El acto que hace el alma de confianza en Dios y la renovación de su ofrecimiento ante el temor que la atormenba, es una nueva misericordia divina para mayor bien y hermosura del alma.

En el segundo grupo de almas buenas están comprendidas aquellas a las cuales el Señor hace pasar por una especial purificación dejándolas a oscuras o en espesa niebla de dudas, en la cual se hallan como desorientadas y perdidas. El fin de esta purificación es hermosear y santificar a las almas que la sufren. En este tiempo permite el Señor que vengan sobre el alma los mayores temores e incertidumbres sobre su salvación y, por esto, su miedo a la muerte.

De la misma manera que se exprime y estruja una esponja para no dejar en ella ni una gota de agua, así exprime el Señor a estas almas y las limpia de toda falta, permitiendo vean sólo tristezas presentes y futuras. Es el momento de la purificación más aquilatada. Cuando Dios quiere poner nueva hermosura y preparar para mucho más esplendorosa gloria, . permite sea el alma presa de temores sobre su salvación y sobre su estado actual, de donde procede su miedo tremendo a morir.

Porque las almas en este estado, a pesar del esmero heroico que ponen para realizar con perfección todos sus actos, sólo ven -y las parece verlo clarísimamente y como palparlo- un enorme vado de toda obra buena y una completa inutilidad de su vida. Las parece que nada han hecho bien y que actualmente nada hacen de provecho ni digno de recompensa, creyendo que todo es para mayor castigo.

Cierren estas aln1as los ojos al discurso mientras tales angustias padezcan y ábranlos a la fe, para

guiarse sólo por ella, para ofrecerse más perfectamente a Dios y abandonarse más ciegamente en sus manos. Escojan un prudente confesor, si pueden, porque a veces cierra el Señor también este camino, no encontrando ninguno para que no reciban ni este consuelo, y así hagan actos de ciega y sobrenatural fe y confianza, proponiendo continuar su vida con la mayor delicadeza y fidelidad de amor que las sea posible. Si han de condenarse para siempre, como temen, conságrense al amor de Dios en esta vida. y lejos de condenarse, crecerán en santidad, y cuando el sol de la misericordia divina haya ahuyentado las nieblas que las envolvían, se llenarán de gozo.

Esta dura prueba de temer la pérdida del cielo es para muy grande mérito y delicada prueba del amor de Dios. Por lo mismo que el alma ama a Dios, Dios la ama a ella con muy especial ternura y la prueba maravillosamente para glorificarla más.

Alma dichosa, que has merecido pasar por ese estado; el Señor por Sí mismo te enseñará a realizar los actos más perfectos, de la más grande abnegación y de la mayor confianza en El. Continúa amando delicadamente a tu Dios, pues con tanta predilección te ama El.

Dichosa de ti, si perseveras, pues te halló el Señor digna de tan fino crisol. Desecha tus temores, ya que el mismo Dios te tiene en Sí, te guarda y te labra.

Pues si el Señor no edifica la casa, en vano trabajó.

Cuando pasaba las noches delante del Sagrario ofreciendo esta angustia de temer que se perdería para siempre, oyó la Hermana Mariana de los Angeles que la decía el Señor: *Mientras tú seas mi nada, yo seré tu todo* (5).

Desean tales almas hacer actos de amor de Dios con la mayor intensidad y frecuencia, se abrazan a la muerte en obsequio al Señor, y nunca dejan de tener muerte dulcísima, tanto más dulce cuanto más fuerte fue la prueba. Fiel es el Señor a cuantos le aman y sólo El puede medir el amor que estas almas le tienen. Antes de que les llegue la muerte, se la hace presentir la Virgen Santísima, con una alegría y conformidad no esperada, como anticipo de la luz eterna que pronto las envolverá.

También en ellas se cumple y más perfectamente la promesa de que en la hora de la muerte no las llegará sobresalto ni dolor, sino suavidad y alegría. Su muerte es preciosísima a los ojos de Dios y sirve de consuelo a cuantos la presencian.

La voluntaria y gustosa aceptación de la muerte es del mayor mérito para el alma. Junto con el ofrecimiento de la propia vida puede presentar a Dios como obsequio de amor y de expiación la bondad y el amor infinito del mismo Dios y la vida y pasión de Jesucristo, que vale más que las obras practicadas por el hombre y que todo lo creado. Jesús da al alma Sus merecimientos para que los tome y ofrezca como suyos al Señor y para que se enriquezca y hermosee

como esposa suya queridísima, con lo cual desaparecen cuantos temores pudiera tener y se ve llena de confianza y gozo. Allí está también la Virgen prestándola su ayuda de Madre.

No abandona el Señor a sus almas en momentos tan decisivos ni las deja morir en el desconsuelo interior ni exterior. Y aunque el ideal del alma santa sería morir como Jesús en la Cruz, saboreando la hiel en sus labios, el Señor las trata en este instante como tiernas y regaladísimas hijas.

Por todo esto arrójate, alma, en los brazos de tu Dios. ¿No habías procurado siempre obedecerle y amarle? ¿No te esmeraste en recibir los Sacramentos y vivir conforme a su Ley? ¿No suspirabas por El y deseabas cada día amarle más? ¿No lo dejaste todo, alma religiosa, para ser toda suya y pensar sólo en El? ¿No le amabas y se lo decías en tus largas horas de intimidad con El, en recogimiento y soledad? ¿No dejabas las complacencias mundanas y conversaciones de los hombres por estar sola con El? He aquí que ahora viene ya para llevarte Consigo a su gloria y darte cuanto te tenía prometido; *que las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria* (6). Sal, pues, al encuentro de tu Dios. Arrójate gozosa y confiada en sus brazos. La fe te enseñó que Dios viene a buscar a cuantos le amaron. Gózate ahora en El, porque te conduce a su gloria.

En tus brazos, Señor mío y Dios mío, me pongo.

Mi alma clama a Ti, te espera y te desea. En tus brazos pongo mi vida, mi espíritu, mi salvación, mi postrer momento sobre la tierra. Sé que no seré confundido. Venid, Señor. Que yo vea vuestro rostro.

¡Oh muerte amable, que tan delicadamente me pones en los brazos de mi Dios!

(1) *Números,* 23. 10.

(2) Fray Luis de León, *Poesías, Noche serena,* toda ella preciosísima.

(3) San Pablo: *A los Filipenses,* I, 21.

(4) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* caps. XX y XXIX.

(5) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, c. D., tomo I, día 29 de enero.

(6) San Pablo, II *A los Corintíos,* IV, 17.

CAPITULO XXV

SERENA ALEGRIA EN LA MUERTE DE LOS QUE AMARON A DIOS

El alma que se deja guiar ciegamente por la fe va hacia Dios por esplendentes campos de luz y floridos jardines de seguridad; la fe la conduce en alas del ansia de Dios, de la vida eterna, de la sabiduría divina y va rauda y gozosa vestida con ella y haciéndose invisible al demonio y volando por encima de sus asechanzas.

Antes de que llegue el momento de partir de la tierra, el Señor borra ordinariamente los temores de las almas que los padecían, ya fueran pruebas especiales del mismo Dios, y a temor de la naturaleza.

Al aproximarse el tiempo de la llegada del Esposo, El hace presentir al alma, por modo desconocido, que va a amanecer, que ya se presenta el alborear de la aurora del Sol eterno, para iluminarla perpetuamente con su luz de gloria.

Esta es la hora en que Dios da realidad a sus palabras de que no tocará a los justos el temor de la muerte y de que espera el justo su muerte con alegría y confianza.

¿Cómo no ha de venir el Señor en busca del que le sirvió, lo dejó todo por El y le amó sobre todas las cosas durante su vida? ¿Cómo no ha de venir por el

alma arrepentida y penitente? ¿Cuál no será el gozo del alma que ve llegada la hora de entrar en el goce de Dios?

Vemos con harta frecuencia que los hombres no corresponden y hasta desprecian el amor de quien les ama. El amor a Dios nunca deja de ser correspondido. El pastor conoce a sus ovejas y sabe la fidelidad con que le siguen y jamás deja de dar pastos sabrosos. Dios no sólo no se aparta del alma que le ama, sino que la atrae hacia Sí, la da nuevas fuerzas para más grande amor, la funde con El y la llena de Sí mismo empapándola, al fin, de su gloria. De ningún amor se puede decir con tanta exactitud como del amor de Dios, Que a Quien le ama le hace una cosa con El. Dios ilumina con una luz muy especial de consuelo y de gozo y de algo Que no se sabe decir, anunciando su venida. Esa paz del alma se transparenta algo en los sentidos.

Como cantan los pajarillos con renovados trinos en las mañanas de mayo a la llegada del nuevo día y llenos de gozo de lo que presienten se deshacen en filigranas de arpegios a los primeros rayos del sol, olvidando el encogimiento de la noche, así el alma, dentro de sí misma, libre ya de los temores pasados, ante el presentimiento de la inmortalidad gloriosa que Dios la empieza a comunicar, entona un cántico nuevo que anuncia la luz del Sol eterno. Va humilde, gozosa, ataviada con el rutilante vestido de la gracia, regalado por el mismo Dios, para las bodas eternas.

La naturaleza se hermosea y rejuvenece en los amaneceres primaverales y revive con frescor y armonías para recibir dignamente la luz del sol, y el alma se anticipa en gozo, por una especial gracia e inspiración divina, para recibir la luz inextinguible. Bendito instante tan esperado a lo largo de la vida. Llegó la hora feliz del encuentro con el Esposo y del regalado banquete en las mansiones celestes. Feliz el alma que se encuentra con la lámpara encendida y con las ropas nupciales para entrar sin espera al banquete y mucho más feliz si conserva limpia la blanca estola bautismal.

Sólo quiero recordar algunas muertes de almas buenas, que partieron con el gozo de los santos, a pesar de tener una posición social muy poco propicia para tal muerte.

Todo le sonreía al Príncipe don Juan, hijo de Isabel la Católica. Educado con todo esmero en las ciencias y en la virtud, heredero de un reino que cada día se agrandaba más, para llegar a ser el primero del mundo en aquel tiempo, se había casado con una Princesa de cualidades brillantes: doña Margarita de Austria. Al medio año de matrimonio, al pasar por Salamanca, unas calenturas le llevaron al sepulcro.

Estando gravísimo, ya sin esperanza de vida, ausente doña Isabel y acabando de llegar para despedirle su padre don Fernando, le decía: «Hijo muy amado, tened paciencia, pues que os llama Dios, que es mayor Rey que ninguno otro, y tiene otros reinos

y señoríos mayores y mejores que no éstos que vos teníais y esperabais, que os durarán para siempre jamás.» Y el joven Príncipe, de dieciocho años de edad, que era la esperanza de todo el reino, contestó: «Padre, no tengo pena por mí, que muero contento.» Dejaba las esperanzas terrenas por las realidades celestiales (I) el 14 de octubre de 1497.

Sin salir de esta misma familia de Isabel la Católica (cuyo reinado fue de tanta prosperidad que, en frase de su biógrafo, fue *el mayor empinamiento,* que España había conocido), su hija mayor, de nombre Isabel, como la madre, Reina de Portugal y heredera de España, moría un año más tarde que su hermano el Príncipe don Juan, en el mes de agosto de 1498. Habiendo llamado al Cardenal Cisneros, confesor de la madre y de la hija, únicamente le decía: «Consolad a mis padres para que no mueran de pena con mi muerte, después de la de mi hermano.» Ella moría contenta y dejaba la tierra con todas sus ilusiones de juventud para ir a Dios, que tan grabado llevaba en el alma. Algunos años antes había pensado ser religiosa y consagrarse totalmente a Dios y se casó cediendo a la razón de Estado. Prefería volar a Dios, inocente y hermosa, a sentir las grandezas y honores terrenos y las responsabilidades del trono (2).

La misma madre de los dos Príncipes, la grande y sin igual Isabel la Católica, desahuciada en Medina del Campo, sabiendo que sus pueblos hacían rogativas y procesiones de pública penitencia por su

vida, mandó decir que no pidiesen por su salud, sino por su salvación, y moría a los cincuenta y cuatro años, en la cumbre de su esplendor y grandeza, admirada y amada de su pueblo, sin pesadumbre por dejar la tierra y con la alegría de ir con su Dios.

He recogido la muerte de estos personajes, que cuando estaban en la mayor prosperidad, en la cual parece mucho más difícil morir sin pesadumbre, murieron serenos, para mostrar cómo, gracias a Dios, son muchísimas las muertes de almas buenas en la paz del Señor, todas con el sello de la confianza y alegría serena.

Dejando la historia, que está llena de muertes consoladoras, y que producen santa envidia, quiero poner no más de tres casos actuales, conocidos por mí y que yo sepa no publicados.

Moría en Segovia en el año de 1930 una señora buena y piadosa como por la gracia de Dios hay tantas. En los últimos días de su enfermedad, queriendo sus familiares animarla a morir con confianza en el Señor -error casi general juzgar que el enfermo está triste y desconfiado-, fue ella quien dio alientos a cuantos la rodeaban, diciendo: *No podía yo creer que fuera tan dulce morir después de haber amado a Dios.*

Otra muerte como para envidiarla fue la de don Emilio González Orúe. Vivía en Toledo. Era médico, conocido de toda la ciudad por su apacible carácter, su mucha piedad y mucha virtud.

En las más contrarias situaciones no dejó de ser el mismo, bueno, sereno, piadoso. Durante la guerra civil de España contra el socialismo-comunismo-ateo, de 1936 a 1939, Toledo estuvo dominada por los socialistas-comunistas durante tres meses y vio caer segado por el odio religioso e ímpio de los gobernantes comunistas a todos sus sacerdotes y religiosos, con poquísimas excepciones, a. toda la flor de los caballeros buenos y de la juventud católica masculina . ya una valiente y buenísima jóven. Fueron muchos los mártires. Don Emilio estaba sentenciado a muerte por ser destacadamente bueno, aunque sumamente pacífico; pero retrasaban su ejecución porque le necesitaban los comunistas para curar sus enfermos. No dejó de confesar a Dios ni aun de hacer la señal de la cruz en la calle cuando pasaba por delante de las iglesias, en aquellos días sin Santísimo.

En su casa se habían refugiado los religiosos Carmelitas, que sufrieron martirio, pero a él no le había destinado el Señor para mártir con derramamiento de sangre.

Liberada Toledo por las tropas nacionales, acudían a pedir favor a don Emilio los mismos que le habían perseguido y le tenían sentenciado; a nadie negó hacer el favor que pudo, ni dejó de amparar a sus mismos enemigos.

Después de dolorosa enfermedad, llevada santamente y sin quejarse, recibía con todo su conoci-

miento y fervor el Santo Viático durante los días de la Novena de la Virgen del Carmen. Cuando se hubo terminado el acto, reunió a sus hijos y nietos y les dijo: «Tenemos que celebrar este día como el más grande de mi vida. He recibido a Dios por Viático. Ya El me acompaña y viene a buscarme para llevarme Consigo al cielo. Celebremos gozosos esta bondad de Dios conmigo.» y en compañía de la familia, mandando tomasen algún extraordinario, dentro de la santa moderación que siempre tuvo, lo celebró y con alegría y confianza esperó la muerte.

Quiero terminar narrando el caso de un alma probada cierto tiempo con el miedo a la muerte por temor de condenarse, y que murió con santa paz.

Vivió en el convento de San José, de Avila, una Carmelita muy fervorosa, que fue durante muchos años Maestra de Novicias y Superiora; consuelo de todas las religiosas y aliento de fervor y de consejo para toda virtud y heroísmo. Todas las religiosas querían a la Madre María Teresa del Espíritu Santo como a Madre y como a Santa, porque lo uno y lo otro habían visto siempre en ella. Su carácter era abierto, sumamente dulce y santamente alegre. Hacía amable la penitencia con alegría, como buena Carmelita.

Ya bien entrada en años, la apretó la mano del Señor para purificarla más delicadamente y hacerla crecer más en santidad. Empezó a sentir una inquietud grande por su vida pasada, y aunque desde

pequeña fue muy virtuosa, Dios permitía que entonces viera ella su vida mala y desaprovechada (mala, como la ven los santos, que van a especificar los pecados y no los encuentran, sirviéndoles esto mismo para mayor tormento). A esto se unió el temor de que no se salvaría. Estaba en ínconsolable angustia y todo la daba nueva fuerza para superarse a sí misma en ejercitar las virtudes y clamar a Dios. Con esta pena, fácil de decir, pero tremenda de pasar, vivió algún tiempo temiendo qué sería de ella cuando se la acercase la hora de morir. No podía creer lo que la decían, que tendría un final muy dulce.

Meses antes de su muerte, cuando había pasado la mano purificadora del Señor, desaparecieron por sí solos los temores y angustias y apareció de nuevo en su espíritu la serenidad, la alegría y la confianza en Dios, que siempre había tenido, y así murió ya muy anciana, a los ochenta y cuatro años de edad, el 16 de diciembre de 1948. Cumplióse en ella lo que el Señor dijo a Santa Teresa de Jesús: «... que tuviese por cierto que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que El las ampararía, y que no hubiesen miedo de tentaciones a la hora de la muerte» (3).

¡Ah, si yo sintiera la serenidad y la confianza que sentían esas almas!... Esta exclamación brotará espontánea de tus labios cuando esto lees. Es la exclamación que también brota de los míos. La confianza la da el amor. ¡Si yo viera que amaba!... ¡Si el

amor a Dios fuera mi vida!... Pero estoy muy lejos de verlo. Recuerdo ahora el encanto con que mi espíritu escuchaba las muy dulces reflexiones que el ermitaño santo me hacía sobre la belleza de la muerte y la alegría con que la esperaba el alma santa. Mientras tan gustosamente le escuchaba también me parecía verla rodeada de luz, de belleza y atracción. Me parecerá ver ya sus brazos acogedores, que blanda y amorosamente me cogían para ponerme en el reino de la dicha, todo luminoso y lleno de delicia. También yo amaba y deseaba la muerte y no sé si la llamaba con ternura.

Mas pasaron las palabras persuasivas y regaladas del apacible, bondadoso y amable ermitaño, dejé de ver su modesta y subyugadora mirada y renació en mí el temor a la muerte. ¡Ya no se me presentaba tan atrayente y tan gozoso aquel momento! ¡La muerte, y ya para siempre! ¡Para siempre¡...

Creo y abrazo firmísimamente los principios de la fe que me hablan de que Dios me ha creado para el cielo. Recuerdo aquí muchas razones y ejemplos alentadores de los que se despedían de este valle de lágrimas gozosos porque iban a Dios, fuente de toda delicia; iban a la vida de dicha y bienandanza. Pero un poso de temor, de incógnita, de estremecimiento, se movía en mi alma y no permitía que la alegría iluminara claramente mi espíritu.

Deseé en mi interior y pedí al Señor se me proporcionara ver de nuevo a aquel ermitaño de senci-

llez encantadora y de palabras mágicas y convincentes para exponerle mis temores. y el Señor, en su bondad para conmigo, me presentó la ocasión dé ver y hablar confidencialmente con aquel hombre, que se me presentaba como la. imagen de la bondad y de la serenidad, y en el encanto y fluidez de sus palabras me parecía escuchar la sabiduría y la santidad juntas. Sola su presencia me atrajo para que le abriera mi alma y le expusiera mi zozobra. Nunca podré dar gracias a Dios por la apacible bondad con que me acogió y escuchó, alejando de mí el temor de serle pesado. Sentado en una sencilla piedra cerca de su pobrísima habitación a la sombra de los cipreses, muy cerca de él como un hijo que consulta a su propio padre y alentado por el mismo rumor callado de la naturaleza, encaucé mi conversación hacia el tema de nuestro encuentro con Dios. Un relámpago de súbito gozo inundó su rostro. Sólo la palabra de encontrar a Dios transformaba sus facciones y las iluminaba. Toda su vida era tratar con Dios y de Dios.

Yo le dije con sencillez: «¡Cuándo veremos esa hermosura infinita de Dios va en el cielo como la buscamos y nos la enseña la fe! ¿Quién la verá? ¿Cómo puede estar el ánimo sereno y gozoso, seguro de que la conseguirá? ¿Cómo será posible desechar el temor a la muerte? Porque con todo lo admirable que antes le oí de la hermosura de la muerte, no puedo verme libre de temores ya veces muy fuertes. Es verdad que mi ilusión, mi fin y mi deseo es el

cielo. ¡Oh cielo! ¡Oh Dios mío infinito! ¡Cómo te desea mi alma! ¡Cuánto temo no llegar a poseerte eternamente! » Sonriéndome me miró y envueltos en hilos de dulcísima miel salieron sus palabras de santo y sus pensamientos de sabio.

«Ya otra vez -me dijo- te indiqué que mientras vivimos en este valle de lágrimas y de pruebas no podemos prescindir por completo del temor a la muerte, unos mas intensamente que otros, aun cuando la deseemos. Estamos en la tierra como a oscuras; porque la fe, que, es nuestro gula seguro, es oscura; porque el porvenir de eternidad es incierto y nuestros ojos no le ven y quisiéramos verle con todo detalle y con toda seguridad. Inmensamente deseo yo la posesión del cielo y ver ya cara a cara a Dios en su luz, y fomento todos los días este deseo. Pero también yo me veo asaltado de la inseguridad y del temor.

»Antes de venir a esta soledad, dejándolo todo y procurando dejarme a mí mismo para mejor ser de Dios y encontrarle más perfecta y prontamente, busqué afanoso el saber, y no sólo escuché a hombres de letras, sino que me dediqué a la lectura de libros sabios para adquirir más conocimiento de Dios y de su hermosura y omnipotencia. Mi principal ansia era saber mucho de Dios para amarle mucho. Como tú ahora me expones, deseaba yo también la seguridad de mi salvación, la seguridad de entrar en el cielo.

»También yo preguntaba a cuantos creí me podrían dar luz. Un apacible día se me proporcionó

hablar detenidamente con un hombre de notable sabiduría y santidad. La prudencia y la claridad brotaban dulcemente del inagotable manantial de sus labios. No era el lugar tan solitario y acogedor como este en que la naturaleza nos habla de Dios muy a las claras. Pero yo le dije con confianza: «¿Por qué todos los hombres tememos la muerte?» Bondadoso él y siempre complaciente, me dijo: «No todos temen la muerte; pero son muy pocos los que reciben de Dios el don de no temerla, aun cuando la desean y desean y aman a Dios.»

»Fue entonces cuando yo aprendí de aquel sabio este relato. No sé si tú le conocerás. No creo a mí se me olvide nunca y mucho me enseñó. Pudiéramos llamarle *la muerte del Amigo que murió de amor por el Amado.* Para que no estés pendiente y algo desazonado, te diré que el Amigo era el alma buena y el Amado era Dios. Y el Amigo, aunque amaba intensamente, aún temía la muerte.

»El Hombre sabio me contó que había un Amigo sumamente enamorado del Amado. El recuerdo del Amigo ininterrumpidamente estaba en el Amado; el afecto del Amigo no se apartaba del Amado, y la mirada de su inteligencia siempre atendía al Amado. Era tanto su amor, que el Amigo enfermó de amor por el Amado.

»Y decía el Amigo: Mi *Amado está en mi memoria, en mi entendimiento y en mi amar; El reside en mis movimientos, en mi lengua, en mi oído, en mi*

vista. . , en mis suspiros y en mis enfermedades y llantos. El amor no le dejaba dormir ni aun descansar. El Amigo llamó al médico de amor, que le recetó una medicina que le hiciera hablar como un loco de amor; porque sólo consiguen la salud de amor los que hablan de amor sin medida. Con la medicina de amor, el Amigo se sintió atormentado de amor, mas vivamente que antes, en tanto grado que pedía al Amado acabase de matarle de amor, pues prefería morir a Soportar los incendios del amor.

»Pero el Amado condenó al Amigo a morir muerte de amor. Y en esta descripción que el hombre sabio me hacía del Amigo tan enamorado de Dios me llamaba mi atención para que advirtiese que muriendo muerte de amor, vería en la continuación de la historia que aun el Amigo temía la muerte.

»Porque sabiendo el Amigo que su Amado le había condenado a muerte de amor, hizo su testamento ante un notario de amor, que escribió en papel y con tinta de amor esta decisión última del Amigo: «Dejo a mi Amado mi memoria para que este siempre con su recuerdo; mi entendimiento, para que esté siempre mirándole y comprendiéndole, y mi voluntad, para que no haga otra cosa que amarle.»

»Hecho el testamento, suplicó el Amigo al Amado le diese tiempo para hacer oración antes de morir, y concedido, *se puso el Amigo en estado de pureza para rogar y adorar a su Amado; porque el que suplica y adora a un Amado tan amable y pode-*

roso debe estar limpio y el que va a morir no debe descuidar el fin principal y último y rogar a Dios por este fin, El Amigo doblegó su cuerpo arrodillándose; elevó su corazón con suspiros para amar a su Amado, su memoria para recordar las misericordias del Amado; su entendimiento para comprender la justicia de su Amado; levantó las manos al cielo en espera de la gracia del perdón y con sinceridad y humildad dijo: Amado, la oración es la petición que el hombre dirige a Dios para conseguir gracia y perdón; El que pide a Dios que le conceda la bienaventuranza y la gloria eterna, no puede desear un don más grande. Amado, concededme la gloria eterna y perdonadme todas mis culpas.

»Ahora, en este trance de muerte, yo *os doy todo mi amor para amar vuestra bondad, y si Vos queréis prolongar mi vida, yo deseo poderos alabar, suplicar y bendecir hasta la muerte. La razón y el derecho exigen, oh Amado mío, que me otorguéis gracia y perd6n, porque si así no lo hacéis, resultaría yo más justo en mi súplica y en mi amor que Vos en vuestros dones y en vuestras gradas, lo cual es imposible.* y *como es imposible, yo no puedo desesperar de vuestra gracia y de vuestro perdón.*

»Amado, tú me has concedido el ser humano, que tantas perfecciones encierra, y me diste esta vida que tengo por tu bondad sin yo pedírtela. Si ahora, en este momento de mi muerte, no me concedieras tu perdón y tu gloria, cuando te lo estoy suplicando, parecerías

más generoso dador cuando no se te pide que cuando se te suplica y que eras más magnánimo en dar mercedes en este mundo, cuando nada valen, que en el otro para el cual me criaste trocando tu modo de obrar, y como esto no lo puedo creer en Ti, espero en tu amor y bondad me concedas tu amor y tu gloria.

»Amado, tú te has puesto en mi memoria y en mi entendimiento y en mi voluntad para que te esté amando aquí en la tierra. Si tú no me quieres conceder tu gloria y tu perdón, llena ahora mis potencias de tu amor para recordarte, y tenerte presente, y amarte y entenderte; pero mostrarlas que eras magnánimo en esta vida de la tierra y prefieres que te ame aquí, a serlo en el cielo y que te esté amando allí, porque si me condeno allí, es que no quieres te ame allí ni en la eternidad, y como tu bondad y tu amor y tu justicia no te consienten esto, confío en que tú me perdonarás y me llevarás a tu gloria como te lo suplico con toda mi voluntad.

»Y en el momento de acabar de pronunciar estas palabras, el Amigo entreabrió los labios sonriente e inclinó la cabeza para expirar de amor (4).

»Ves en esta muerte de amor del alma enamorada, cómo todavía el temor hace su efecto, se humilla, pide perdón y, por misericordia, el cielo. y al cielo entra de la mano de Jesús.»

»Esta historia que me narró el varón sabio he querido recordarte, pues en ella encontrarás la respuesta justa y consoladora para tu inquietud

» ¡Oh Jesús! Por tu sacratísima pasión, confío en que me darás el perdón y me llevarás al cielo. Espero que mi último momento sea de amor y en tus manos.»

Así me habló el ermitaño y yo vi que el temor a la muerte en la tierra es castigo de la naturaleza por el pecado original y causa de mayor mérito para el cielo. La muerte del que ama es muerte de amor, aun cuando tenga signos de prueba. La amable muerte nos pone en los brazos de Dios en el cielo.

(I) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel,* escrita por el Bachiller Andrés Bemáldez, cap. CL V. Pedro Mártir en *El Príncipe que murió de amor,* del Duque de Maura.
(2) *Historia del Cardenal Don Francisco Ximénez,* lib. I, pág. 102, por el Ilmo, y Rvdmo. Sr. Esprit Flechier, Obispo de Nimes.
(3) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XXVII.
(4) *Arbor Philosophiae Amoris.* Raimundi Lullii. Todo el libro.

CAPITULO XXVI

LA SANTISIMA VIRGEN CON SU ESCAPULARIO ES ALEGRIA EN LA MUERTE

El Señor nos ha dado a los cristianos otra fuente de alegría y consuelo en la última hora.

La muerte es el nacimiento para el cielo, y por eso la iglesia celebra el día de la muerte de los Santos como su natalicio, por serlo para la vida verdadera, que jamás fenece.

Tener seguridad de conseguir esa vida, sería el mayor consuelo en la tierra. Pero mientras vivimos aquí, no podemos tener esa certeza y hemos de labrar nuestra santificación con temor y temblor (I). Quizá por la seguridad que ponía el amor de Dios en Santa Teresa de Jesús cantaba con alto y delicado lirismo:

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce morir ?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte! (2).

De la misma manera que no podemos saber con certeza si estamos o no revestidos de la divina gracia, tampoco podemos tener seguridad de nuestra salvación, no pudiendo ser completo nuestro gozo aquí.

Pero Dios nos ha dado a la Virgen Santísima para que sea nuestro puerto seguro.

Todos los días la pedimos en la Salve que *nos muestre a Jesús;* que nos guíe seguros a la visión eterna de Dios; se lo pedimos a Ella, Madre de misericordia y refugio de pecadores. Dios, haciéndola mediadora de todas las gracias y abogada de los hombres para obtenernos todo ien, *la* ha nombrado puerta *del cielo,* y yo estoy seguro de que *la* Virgen me ama e intercede por mi salvación ante *el* Señor. En tus manos, Madre mía, he puesto yo mi alma.

Llamar a *la* Madre de Dios Madre mía pone confianza y *consuelo* en mi alma. *Ella* me salvará si yo quiero *sal*varme, si soy *fiel* a sus insinuaciones y coopero a *las* gracias que me obtiene.

Me gozo en repetir *la* frase de San *Alfonso* María de Ligorio: *El verdadero devoto de la Virgen se salva* (3). El amor filial a *la* Madre de Dios, es señal de predestinación y pone limpieza en el alma, fortaleza en la voluntad, luz en el entendimiento y ansias de gracia y virtudes en todo el ser. El amor a la Virgen comunica santidad, acerca a Dios y asegura la confianza de alcanzar las promesas de Jesucristo por su mediación: como en las bodas de Caná, se llenarán nuestros vasos por su ayuda.

Fomentar sólidamente la devoción a la Virgen es dar gloria a Dios, crecer en divino amor y vivir intensamente la vida espiritual. Es la seguridad del ósculo del Señor en la suprema hora.

La Virgen sin mancilla, con su intercesión, nos alcanzó del Señor un signo externo de pureza o de arrepentimiento en la hora de la muerte. *Es su Escapulario del Carmen.* El alma piadosa se recrea amando a la Virgen y repitiendo con ternura sus palabras: *El que muera con él no se condenará.* ¡Oh Madre! Me salvarás. Te amo. La Virgen me enseña a amar a Dios con todo mi corazón ya perder todas las cosas antes que ofenderle. Amo a la Virgen, Madre mía, y Ella ha prometido salvarme. Bendita seas. Que no me haga yo indigno de tu amor.

El 16 de julio de 1251, la Virgen Santísima entregó por Sí misma, en visión de protección y amor, el Santo Escapulario a San Simón Stock, prometiéndole que quien le llevara digna y legítimamente puesto sobre sí en el momento de la muerte, moriría en la gracia de Dios y no se condenaría. Cuantos sienten cordial entusiasmo y tierna devoción a la Madre de Dios procuran asegurar el cielo llevando sobre su pecho continuamente tan preciosa joya, que es salud en los peligros, prenda segura de salvación y signo exterior del amor que arde dentro del alma. La Virgen ayuda con protección singularísima a quien lo lleva devotamente, y si en el momento de la muerte está vestido con él, se arrepentirá de todos sus pecados y morirá en la gracia y amor de Dios.

La Iglesia no sólo ha aprobado, sino que fomenta muchísimo esta devoción, y el Papa actual, Pío XII,

aconseja se predique sobre el Santo Escapulario del Carmen, y ha dicho de sí mismo que ni un momento de su vida se lo quita. ¿Quién no desea asegurar su salvación y morir en los brazos de María ?

El Santo Escapulario de la Virgen del Carmen nos recuerda las grandes verdades de nuestra religión, las tiernas misericordias y llamadas de la Virgen Santísima y la esperanza del cielo. El Santo Escapulario enciende en el alma grandes deseos de virtud y de amor a Dios y da seguridad de conseguir la eterna gloria, *porque el que muera con él no padecerá las llamas del fuego eterno.*

Además de asegurar la salvación, comunica el Escapulario del Carmen otra muy consoladora esperanza a quien le viste.

La Madre de misericordia quiere también acortar por medio de él a sus devotos el tiempo de la purificación dolorosa.

En el año 1322 se apareció al Papa Juan XXII, mandándole que enriqueciera su Escapulario del Carmen con lo que llamamos el *Privilegio Sabatino;* o sea, que la Santísima Virgen sacará del Purgatorio a cuantos vistieron su Escapulario y cumplieron las condiciones ordenadas, bajando ella, a más tardar, el primer sábado después de su muerte, y los llevará al cielo.

Dos condiciones son necesarias para ganar este Privilegio tan singular. Que llevándole legítimamente impuesto, se guarde castidad según el estado en

que se vive, no impidiendo ser casado. O sea, que no se falte gravemente contra el sexto mandamiento de la Ley de Dios. La segunda condición es que se cumplan los rezos y sacrificios prescritos; estos son el *Oficio Parvo* y la abstinencia de carnes los miércoles y sábados. Si no se pudiese, por alguna causa, cumplir esto, rezando las devociones en que lo conmute un confesor, sea al imponer el Escapulario o en otro momento dentro o fuera de la confesión.

No podían pensarse Privilegios más grandes y consoladores para las almas que estos dos. Por el primero sabemos que el alma que murió con el escapulario estaba en gracia y se salvó. El Escapulario de María no da la gracia, pero es el signo de que se muere en ella. Por el segundo se abrevia el tiempo de estar en el purgatorio, observando las condiciones prescritas.

Los cristianos fervorosos, humildes y agradecidos, abrazan con amor el Santo Escapulario y llenos de gozo le estrechan contra su pecho sin jamás apartarlo de sí, siguiendo el consejo y el ejemplo de S. S. Pío XII.

Las almas de fe y anhelosas del cielo siempre le visten con dignidad, devoción y amor, y encuentran en él, según las palabras de la Virgen, la ayuda para no ofender a Dios, la seguridad de un sincero arrepentimiento y la esperanza de morir en gracia. Para ello se esmeran en cumplir las devociones, y la Virgen, Madre graciosa, bajará a buscarlas para conducirlas a su celestial morada.

Para estas almas desaparecieron, en parte, los miedos excesivos a la muerte; sólo en parte, porque cuando el Señor manda sus pruebas, todo se olvida y sólo se ve la propia nada y la incertidumbre futura. Pero durante el tiempo ordinario, en lugar de temores, tienen la confianza de que el Señor, por su misericordia y por la intercesión de su Santísima Madre, las llevará al cielo. Cuando se ven con su Escapulario a la hora de la muerte sienten el gozo de la protección que la Virgen ha prometido.

Muchos casos milagrosos hay escritos en libros y revistas sobre la protección de la Virgen con su Escapulario en vida y a la hora de la muerte. Sólo quiero recordar dos, entre los muchos que personalmente he conocido.

Un Terciario Carmelita de La Habana, muy fervoroso y especialísimo devoto de la Virgen del Carmen, había recibido muchos favores por medio del Escapulario, que siempre llevaba sobre su pecho; algunos favores eran tan fuera de lo ordinario, que más parecían verdaderos milagros. Estando ya para morir, mostraba en sus palabras, semblante y modo de comportarse grande alegría, y decía a su familia: «¿Cómo no he de estar contento, si la Virgen me va a llevar a ver a Dios?» Añadiendo: «Pónganme el Escapulario nuevo para presentarme a la Señora con uniforme de gala.» Lleno de alegría y confianza murió con su escapulario nuevo.

Este segundo hecho me lo contaba, y me lo dio

por escrito a petición mía, el bueno de don Matías Gilarranz, Párroco de Valverde del Majano, pueblecillo próximo a Segovia, admirado de la protección que la Santísima Virgen concede por su Escapulario.

Sucedió el 14 de julio de 1929. Un feligrés suyo, muy religioso y bueno fuera de lo corriente, modelo del pueblo y muy amigo del Párroco, llamado Gregorio Illana, enfermó de gravedad y dispusieron recibiera los Sacramentos. Don Matías fue a visitarle para prepararle a morir santamente, lo que esperaba hiciera muy gustoso el enfermo, pues su vida había sido muy santa. Le notificaron al enfermo su llegada y dijo que no le recibieran y que no estaba dispuesto a recibir los Sacramentos. Don Matías, extrañado, no se explicaba aquella conducta en hombre siempre tan respetuoso con él y tan fervoroso. Le suplicó le recibiese como amigo que era, y hablando con el enfermo le confirmó que no estaba dispuesto a recibir los Sacramentos y que le agradecería se fuese, sin dar razón alguna. Entonces el Párroco le suplicó que, por la amistad que siempre habían tenido, le permitiera imponerle el Santo Escapulario del Carmen, de quien había sido muy devoto, pero que sin saber por qué nunca se lo había impuesto. Accedió a ello el enfermo y recibió la imposición con el respeto habitual en él. Terminado de imponérsele le añade el Párroco: «Ahora le confesaré y daré los otros Sacramentos», y el enfermo contesta: «Sí; vamos, y prepáreme bien para una muerte santa», y

le pidió perdón. Amablemente instado por el Párroco del porqué había contestado antes de aquel modo, habiendo sido siempre tan bueno, tan amigo y tan respetuoso, no sabía dar ninguna razón, diciendo que él mismo no se lo explicaba, pero que le perdonase en su nombre y en el de Dios. Y gozoso, estrechando su Escapulario, vivió los pocos días que aún le quedaron, y lleno de alegría y de confianza en la Santísima Virgen, murió con la muerte de los justos.

Decía el Párroco que miraba esto como una gracia y una llamada de la Santísima Virgen para que un cristiano fervoroso no muriera sin haberse impuesto su Santo Escapulario.

Con tan poderoso escudo no producirá tristeza la muerte, sino gozo; en este momento se cumplen de modo especial las palabras de David: *Nació la luz para el justo y la alegría para los buenos de corazón* (4).

Siente que la Virgen *ruega por él en la hora de la muerte* como se lo había pedido en el *Avemaría,* y experimenta lo que Santo Tomás de Villanueva decía: «...que la Virgen es perfecta abogada; perfecta, porque es purísima; perfecta, porque es sumamente acepta a Dios; perfecta, porque es purísima. Todo esto es necesario para ser perfecta abogada. Ea, pues, Abogada nuestra: Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. A ti recurrimos en nuestras necesidades. Cumple conmigo tu oficio y ejercita en mí tu obra de abogada» (5).

La hora de la muerte será el momento en el cual la Virgen sin mancilla me mostrará para siempre a Jesús bendito. Espero que la Virgen, Madre mía, me concederá una muerte dulcísima.

(1) San Pablo, *A los de E/eso,* 6, 5.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* XXI. Si el pa*decer con amor*
(3) San Alfonso María de *Ligorio, La Monja Santa,* cap. XXI.
(4) *Salmo* 96.
(5) Santo Tomás de Villanueva. Sermón I de la Asunción.

CAPITULO XXVII

CUANDO ES BUENO DESEAR PARA SI Y PARA LOS DEMAS LA MUERTE

San Juan Crisóstomo, con su abundancia y sencillez de palabra y su ímpetu característico, nos exhorta a que *no queramos temer la muerte. El alma tiene por naturaleza el deseo de vivir... Cuando a Dios le pluguiere mandarnos la muerte, ni la huyamos ni la tengamos miedo, sino que la abracemos con ánimo y escojamos vivir la vida futura mejor que la presente* (I).

¿Conque Dios llama a la muerte favor y tú te lamentas?... Si *lamentarse conviene, Satanás es quien debe lamentarse. Duélase él, laméntese él de que caminemos hacia otros bienes mejores. Bien dice ese llanto con su perversidad, no contigo, que vas a reposar y ser coronado. . .*

La muerte es un puerto tranquilo... ¿Por qué haces que otros teman y tiemblen de la muerte?... Dirás: esa es la naturaleza. De eso no tiene la culpa la naturaleza ni el curso de las cosas, sino nosotros, que todo lo transtornarmos de arriba abajo, que nos hemos hecho afeminados y hacemos traición a nuestra nobleza y de ese modo empeoramos a los infieles. En efecto: ¿cómo hablaremos a otro acerca de la inmortalidad? ¿Cómo persuadiremos al gentil si tenemos más miedo

y horror a la muerte que él? (2). No debe el hombre tener miedo a la muerte, sino a la mala vida y a la soberbia y desorden, que traen necesariamente mal fin. La mala muerte sí que *es pésima ante la presencia del Señor* (3); y es mal terrible de irremediables consecuencias para siempre. Para siempre aparta del último fin y de la bienaventuranza al hombre y le hunde en la desgracia eterna.

El soldado hace alarde de valor y se lanza en la guerra a una muerte casi segura, ordinariamente sin la preparación espiritual debida. Si muere, la patria no puede pagárselo en la eternidad, ni ha de sacarle de la terribilísima desgracia si para siempre pierde su alma. Aun cuando los hombres alaben su heroísmo, es muerte para poner pavor si no va en gracia. Porque, ¿conduce esa muerte a Dios? ¿Muere siempre el soldado por amor a Dios en cumplimiento de su deber y con limpia conciencia ? ¿Mira en su arrojo también a la patria verdadera? ¡Triste paga la que puedan ofrecerle los hombres o la historia si no da su vida en gracia de Dios!

El criminal, bandolero o atracador desprecia insensatamente su vida y expone impíamente sus dos vidas: la del alma y la del cuerpo; la del tiempo y la de la eternidad. Se arroja a la muerte perpetua de desesperación y tristeza, para estar siempre privado de la luz de Dios.

Estos desgraciados sí que deben temer la muerte, porque pierden para siempre la felicidad. Pero yo,

cristiano, con la fe, que camino hacia el cielo, no debo tener miedo especial a la muerte. Por ella paso a la luz. *La muerte,* me dice Santo Tomás, *es odiable, pero deseable y codiciable, porque lleva a la bienaventuranza* (4). Amamos lo que nos conduce a la dicha que soñamos; la propia debilidad nos tiene en constante peligro y la muerte nos asegura el cielo. Bien decía San Agustín que «con la ciencia de la propia debilidad crece el dolor, nostalgia de su peregrinación, y aumentan los anhelos por arribar a la patria feliz de su Dios y Hacedor» (5).

Es equivocación muy común y completamente errónea estimar como falta y obra mala el desearse la muerte a sí mismo o deseársela a otro; pero ni es falta ni mala obra, si no hay mala voluntad.

En lo que sí se falta y no dejaremos de sufrir mucho purgatorio es en el terrible apego que tenemos a la tierra, en el desmedido deseo de querer vivir muy larga vida sobre la tierra y en el anhelo de no querer salir de este destierro, aunque amargo y duro, ni desear ir al eterno banquete de Nuestro Padre Celestial. En lo que sí se falta es en el poco aprecio y estima que hacemos de Dios, no queriendo ir a El por estarnos en este mundo de zozobras y trabajos, pero que ni aun con todo eso le queremos dejar. ¡Oh Dios mío, Omnipotente y buenísimo! ¿Por qué no querremos ir a tu felicidad y a tu paraíso? ¿Por qué prácticamente preferiremos la tierra a tu feliz cielo ?

Es ésta una equivocación fatal y un error de muy

perjudiciales consecuencias, porque es posponer la hermosura y felicidad de Dios a la pobreza y miseria de las criaturas, es menospreciar a Dios infinito en toda perfección y nuestro último fin y obrar contra nuestro más alto y noble bien, ya que el último fin es el bien perfecto e ilimitado y la bienaventuranza plena; es el bien que los encierra todos, que necesariamente tenemos que amar, y para el cual hemos sido creados.

Todos los cristianos sabemos que la pena más terrible del Purgatorio es la *pena de daño,* la cual no es otra cosa que el deseo vehementísimo de ver a Dios y el no poder verle, teniendo que permanecer alejados de El. Muchos tendrán que padecer esta pena, por no haber tenido en la tierra deseos de ir a Dios, y algunos opinan que para ciertas almas será esta la única pena que padezcan algún tiempo, pero que es la más terrible (6).

No es malo, antes bueno y santo, desearse la muerte a sí mismo y desearla a los demás cuando el deseo y fin es bueno. No deben andar angustiadas las almas pensando que obran mal cuando se desean la muerte o se la desean a los demás, pues no podemos desear mayor bien a las personas que amamos.

Antes de Jesucristo no existía la razón principal y más santa para desearse la muerte y era santo procurar larga vida, porque no se podía ver a Dios ni entrar en su reino hasta que se obrase la Redención y Nuestro Señor abriera las puertas del cielo. Pero en

la era de gracia, el mayor bien es desear ver a Dios y vivir muy santamente para verle enseguida, porque estando el alma sin mancha, inmediatamente empezará su gloria. Así que desear la muerte es desear todo bien y la seguridad de que ya no se perderá el cielo; es, sobre todo, desear la visión de la esencia divina y vernos ya libres de todos los males, dolores, inquietudes y desazones presentes. ¿Cómo ha de ser esto malo, cuando precisamente para esto nos ha creado el Señor? ¿Cómo ha de ser malo, cuando nada hay ni puede haber, ni aun puede pensarse semejante a Dios ni aun que remotísimamente pueda compararse a El? ¿Cómo puede ser malo desear y pedir la posesión del último fin?

Lo que sí es malo- y lo sabemos los cristianos desde que aprendimos el catecismo de la doctrina cristiana- es desearnos la muerte a nosotros por despecho, por soberbia, por impaciencia, y deseársela a los demás por esto mismo por venganza, o por cualquier otro fin malo; esto es gran pecado y muchísimo mayor atentar contra la propia vida o la ajena.

La vida sólo es de Dios y no puedo disponer de ella como propietario, sino como administrador, y mucho menos podré disponer de la vida de otro. Dios me ha dado mi vida para que yo la viva y nada hay más mío que mi propia vida; pero sólo soy usufructuario para adquirir con ella santidad, virtudes, gracia de Dios y vida eterna sin tener derecho a deshacerme de ella. Eso se lo ha reservado Dios para sí, y

disponer yo de ella sería quitar al Señor sus derechos inalienables. Sólo El puede dármela, prolongarla o pedirla.

Dios nos ha dado una alma inmortal. El que intenta quitarse la vida no deja de existir. Es arrebatado de la compañía y de la vista de los hombres; se separa temporalmente el alma del cuerpo, pero continúa viviendo en la eternidad. Desaparece de la tierra, para su desgracia, y se labra a sí mismo la condenación eterna.

En el momento en que Dios lo determine, mi alma se separará de mi cuerpo temporalmente. Pero Dios me ha creado para la inmortalidad y mi eternidad será lo que yo ahora me labre en este mundo. Si escojo por amigo a los hombres malos y sus malas obras, ellos serán los que eternamente me acompañen y rodeen, con el castigo y sufrimiento desesperante de su perversidad.

Si practico la virtud y me abrazo con una vida santa, viviré eternamente en Dios y en el gozo de los buenos, los cuales serán mis compañeros y con ellos alabaré a Dios en perpetuo regocijo. Me concede el Señor esta vida del mundo para que yo acumule aquí tesoros de eternidad; administrador y usufructuario de mi vida, tendré que dar cuenta de ella al Señor.

Es terrible pecado quitarse la vida o el atentar contra ella. Es crimen quitársela a otro o atentar contra ella.

Pero desear la muerte propia y la muerte de los

demás por un principio de caridad, no sólo no es malo, sino bueno y tan perfecto y santo como sea la caridad con que se desea. Es bueno desear la muerte propia o ajena como término de la ignorancia y de la incertidumbre de caer en el mal y poder perder la vida verdadera; y aun para verse libre de los dolores y disgustos temiendo no saberlos santificar y que por flaqueza falte la perseverancia; desear la muerte para entrar en la compañía de los bienaventurados y adquirir la sabiduría y el amor eternos, desearla para llegar a la visión de Dios y recibir la gloria y la posesión del último fin para el cual hemos sido creados, es el mayor y hasta el más perfecto bien que puedo desearme a mí y que puedo desear a los demás. Es desearos a Vos, Dios mío, Bien infinito, Creador y manantial de todo bien; mi alma suspira por Vos con todas sus fuerzas y anhela desearos más cada día. Tengo sed ardiente de veros y prisa por entrar en vuestra gloria. y *ciertamente, ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios mío? ¡Ahl* Mi *carne y mi corazón desfallecen. ¡Oh Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad¡* (7). No puedo disponer de mi vida, pero os la ofrezco de todo corazón.

Vimos que las almas santas sufrirán un examen por el mismo Dios, que es la claridad suma y halla mancha en los ángeles, según dice Job; pero confían que las examinará del amor y ellas le habían amado

con todas sus fuerzas y tenían ofrecida su vida por amor. Deseaban impacientes que llegara ese momento, porque es un Padre más bueno que todos los padres quien las iba a juzgar y las examinaba con el deseo de poderlas dar hermosísimo premio. San Juan de la Cruz se gozaba pensando que le examinaría su Padre Celestial y le daría gozo ver cuánto le había amado. Así decía: *En la tarde (de la vida) te examinarán en el amor* (8). Muchas almas fervorosas han tenido sus delicias meditando tan preciosa verdad. El mismo gozo experimentaba Santa Teresa de Jesús cuando escribía: «Será de gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien habernos amado sobre todas las cosas. Seguras podemos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama» (9). Quizá la razón por la que muchos y muy grandes Santos han muerto jóvenes es que pidieron a Dios les llevara Consigo al cielo, pues no podían estar lejos del amor. En la flor de su juventud y en entrega amorosa mueren tantas jovencitas inocentes consagradas al Señor en el recogimiento del claustro. Las corta el Amado para ornato del cielo.

La Hermana Catalina de Cristo vimos que, preguntada por su madre, también religiosa en el mismo convento de Ubeda, la contestó: *Quiero morir* (10), y en sus brazos, dulcísimamente, a los veintitrés años, entregó su alma al Esposo.

La Hermana María Teresa de Jesús, en su última enfermedad, al ser preguntada qué hacía día y noche, pues no dormía, respondió: «Estoy amando desinteresadamente a Dios y en este amor desinteresado quiero morir. Dios mío, ¿en qué me detengo? » (II). Y a los diecinueve años se extinguió de amor.

La sierva de Dios Isabel de la Trinidad hizo muy jovencilla una peregrinación para pedir a la Virgen morir joven, y moría en el Carmelo de Dijón a los veintiséis años (12).

¿Quién no siente emoción delicadísima leyendo en la *Historia de un alma* cómo Santa Teresa del Niño Jesús recordaba al Señor que viniera a robarla y moría a los veinticuatro años ? (13). Pero dejemos esto para más adelante.

En la encantadora Vida de Santa Teresa del Niño Jesús, escrita por ella misma, leemos, seducidos por la hechicera sencillez con que está dicho, que siendo aún muy niña deseaba la muerte a su padre ya su madre para que se fueran al cielo (14). Su ingenuidad infantil intuyó el mayor bien que podía desearles.

Quien desea morir temiendo le falte la paciencia para sobrellevar pruebas y trabajos, muy buena cosa desea, y si con este mismo fin alto lo quiere para los demás, obra bien.

Doña Blanca de Navarra repetía a su hijo, que había de ser San Luis, Rey de Francia: «Mucho, hijo, te quiero; pero prefiero verte muerto a que cometas un pecado mortal.»

Tan perfectamente aprendió San Luis la lección de su madre, que siendo ya rey, preguntó a uno de sus vasallos, con quien tenía gran confianza, si escogería antes pasar una gran enfermedad que cometer un pecado mortal, y como el caballero le respondiese que prefería cometer muchos pecados mortales antes que padecer la enfermedad, entristecido el rey le dijo: «Oh, cómo se ve que no conoces lo que es un pecado mortal» (15). Un año antes de llevar el Señor Consigo a Santa Lutgarda, la dijo en una visión: «Ya se va acercando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos y estar eternamente Conmigo; quiero que hagas tres cosas en este año. La primera, que me des muchas gracias por las mercedes que has recibido y pidas a los Santos que hagan lo mismo por ti. La segunda) que ruegues con grande afecto por los pecadores a mi Eterno Padre. *La tercera, que, dejando todos los otros cuidados, con grande ansia desees venir a* Mí (16).

Si nos diéramos cuenta de lo que es Dios, si tuviéramos idea de la infinita hermosura, majestad y omnipotencia del Señor, sentiríamos sed insaciable de El, de gozar sin traba ni velo alguno que lo encubra, su vida divina. No sería apenas posible vivir estando lejos de Dios si meditásemos en su grandeza.

Pero en la tierra no podemos darnos cuenta de la diferencia infinita que hay entre los bienes del cielo y los terrenales, o, como decía Santa Teresa de Jesús,

lo que va del Criador a la criatura. Si lo viéramos desearíamos, como deseaba ella la muerte cuando decía : «Gócese de esos goces (de Dios); admírese de sus grandezas; no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural ¡Muérase en ese paraíso de deleites! ¡Bienaventurada muerte, que así hace vivir!» (17). El Carmelita sevillano Padre Juan de Jesús María nos dice de sí mismo: «Muy mucho deseaba mi alma ver a Dios al descubierto y gozar de su divina presencia, y como esto no pudiera alcanzarlo sino muriendo primero, de aquí es que con grandes deseos desearía morirme para conseguir este fin y amarle y gozarle. y digo de verdad, que cuando no siento en mí estos deseos, me da grandísima pena y grandes temores de que no amo a Dios, porque digo: ¿Cómo es posible que yo ame a Dios de veras y que no esté con grandes ansias de morirme por verlo?» (18).

(I) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 84 *sobre el Capítulo* 19 *de San Juan.*
(2) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 31 *sobre San Mateo,* IX.
(3) *Salmo* 33, 2.
(4) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I, IIae, Q. V, a. 3; y III, Q. 46, a. 6 ad 4.

(5) San Agustín, *De Trinitate,* lib. IV, Proemio, núm.l.
(6) *De la hermosura de Dios y Su amabilidad,* por el P. I. E. Nieremberg, lib. 11, cap. XI, pár. II.
(7) *Salmo* 72, 25
(8) San Juan de la Cruz, *Avisos,* 56.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Camino de Perfección,* cap. XL.
(10) *Año Cristiano Carmelitano* por el Padre Dámaso de la Presentación. C. D. Tomo I, día 21 de enero.
(11) Idem, íd., día 29 de abril.
(12) Id., íd., tomo III, día 9 de noviembre.
(13) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma.* cap. XI.
(14) Idem, íd., cap. I.
(15) *Leyendas de Oro,* por el P. Pedro de Rivadeneira, S. I. Véase extenso en Ioiville.
(16) *Leyendas de Oro,* por el P. Pedro de Rivadeneira, S. J., día 17 de julio.
(17) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios.* cap. VI.
(18) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, c. D. Tomo I, día 10 de abril.

CAPITULO XXVIII

INSPIRACIONES Y LUCES DE DIOS AL ALMA ESPIRITUAL

¿Qué será Dios? Preciosa y al alcance de todos es la respuesta del *catecismo de la Doctrina cristiana: Es la cosa más admirable que se puede decir ni pensar; un Ser infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo; principio y fin de todas las cosas; premiador de los buenos y castigador de los malos.* Aun sin tener estudios de ninguna clase, todos pueden entender muy bien esta definición. Ni la teología dice más. Dios es Creador y último fin, es sobre todas las cosas y está todo en todo. Dios es la altísima y bellísima verdad por esencia y tan soberano bien, que la inteligencia criada más alta, aunque sea de un Serafín, no puede formarse idea proporcionada del Señor. Dios es el bien total y actual. Ni el mismo entendimiento divino puede pensar nada ni perfección alguna que actualmente no tenga.

¿Qué luz pondrá Dios en las inteligencias cuando las ilumina para darlas conocimiento especial de sus atributos y perfecciones? ¿Qué efectos producirá la mirada de Dios en el alma? ¿Qué sentirá de Dios y de sí misma el alma con esta luz?

Los hombres doctos, para enseñar, explican las

ciencias, que ellos mismos aprendieron de otros maestros y de la experiencia; siembran conocimientos en los discípulos que les siguen. Pero los hombres no pueden dar inteligencia a quien no la tiene, ni pueden aumentar la capacidad de entender más de lo que el Señor haya dado, ni ellos mismos pueden enseñar, con frecuencia, más que opiniones, no verdades ciertas, porque no alcanza su entender a dominar la verdad. Es muy corto el entendimiento del hombre, aún del que parece más capacitado.

Sólo Dios es poderoso y sólo El es la sabiduría y la verdad.

Las comunicaciones de Dios no pueden tener comparación apropiada con otras comunicaciones; sólo por analogía y muy impropiamente pueden com. pararse con otras noticias criadas, como solamente así pueden estudiarse las ideas que el hombre llega a tener de Dios. Las comunicaciones de Dios son verdad y misericordia, son luz y vida de amor. Como Dios es infinitamente mayor y mejor de lo que se puede pensar, del mismo modo las comunicaciones de Dios a las almas son sobre cuanto se puede soñar.

El Rey David cantaba la maravilla de estas divinas misericordias diciendo: *Alabarte he, oh Señor, en medio de los pueblos, y te cantaré himnos entre las naciones. Porque es más grande que los cielos tu misericordia y más elevada que las nubes la verdad tuya* (I). El mismo David pedía al Señor: *Haz brillar de un modo maravilloso tus misericordias, oh*

Salvador de los que en Ti esperan (2), y daba gracias diciendo: *Bendito sea el Señor que ha ostentado maravillosamente sus misericordias para conmigo* (3).

Dios comunica maravillosamente sus misericordias más altas a sus Santos.

Las almas escogidas que han recibido alguno de estos favores especiales, los han estimado sobre todos los honores y tesoros de la tierra; se han deshecho en acción de gracias al Señor por esa inmensa bondad, y, algunas veces, intentaron darlas a conocer, pero no encontraban palabras para expresar su grandeza y suavidad ni modo de compararlo con las bellezas de la tierra. Viviendo esas misericordias de Dios, se consideraban felices, pero con ello sentían crecer en sí las ansias de llegar pronto a la posesión de toda felicidad en el cielo.

Cuáles serán los efectos de las misericordias del Señor? Santa Teresa de Jesús nos dice de su experiencia que la alegría y el goce que se siente por sola una lágrima vertida en la oración por amor de Dios no pueden comprarse con todos los trabajos del mundo (4). ¿Qué altas y cuán llenas de luz no estarán las noticias de inteligencia que Dios pone en el alma y qué intensidad y dulcedumbre de amor no producirán?

Y cómo ha de ser posible comparar la ciencia encerrada en los libros de los hombres con la ciencia enseñada por Dios? ¿Qué puede ser la sabiduría humana, casi siempre vacilante, siempre rectificándose

sin salir de errores, ante la ciencia comunicada por Dios, toda verdad clarísima y esencial?

Muy grande y firme era la ciencia de Santo Tomás de Aquino. Su entendimiento ha sido quizá el más vigoroso y ordenado, el más profundo y claro, el más disciplinado y transparente. Pues cuando Santo Tomás de Aquino se encontraba en la cumbre de la ciencia, en toda la activa plenitud de su entendimiento portentoso, con el dominio del idioma para la expresión más exacta de sus ideas y en plena madurez y pujanza, recibió una noche en la capilla donde acudía a orar delante del Señor, en el silencio y oscuridad de recogida y profunda oración, recibió, digo, una ráfaga de luz celestial o especial noticia de ciencia divina comunicada por el mismo Dios, y ante la claridad y mundos nuevos de la ciencia desconocida, ante la belleza y altísima verdad divina y calor de vida amorosa nunca pensada, que en ese momento recibió y brilló en su entendimiento, vio y sintió -y así lo dijo- que cuanto hasta entonces había aprendido, entendido, explicado y escrito (con ser tan profundo y encerrar las más altas y hondas verdades de la teología y de la filosofía) era todo como paja sin sustancia ni peso, y se llenó de tanto asombro ante tanta luz y tanta magnificencia, que no se atrevió a escribir más de la ciencia humana ni del conocimiento de Dios, dejando sin concluir su *Suma de Teología,* tan maravillosa y admirada de los hombres de todos los tiempos, para entregarse totalmente a la

ciencia práctica del amor de Dios en el continuado ejercicio de recogimiento y oración (5).

Sus enseñanzas y explicaciones en el corto tiempo que después vivió eran las lágrimas de devoción que frecuentemente derramaba y el estarse de rodillas orando ante el Sagrario y el casi continuo embelesamiento. ¡Tanto enseñan las lecciones dadas por el Señor! Sólo en el recogido y devoto silencio y quietud del espíritu pueden gustarse y agradecerse las altas y suavísimas noticias e inexplicables misericordias que Dios comunica amorosamente a las almas.

Aun el conocimiento de los mismos atributos divinos y su número, de tal manera se agranda, multiplica y embellece, que su expresión no cabe en el lenguaje de los hombres, y cuanto de alto y profundo enseña la teología, con ser la más encumbrada ciencia, es como oscura sombra ante esta luz de Dios, y el entendimiento, anonadado, sólo puede expresarse con admiraciones de alabanza.

El deleite que en el alma producen estas iluminaciones y noticias es proporcionado a la luz recibida; es gozo infinito en cuanto puede caber en el alma creada. San Pablo, recordando las noticias que Dios le había comunicado, no sabía decir cómo había sido, ni sabía cómo explicarlas; sólo podía admirarlas, alabarlas y agradecerlas, diciendo que *ni ojo alguno vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que nos que aman* (6).

Santa Teresa de Jesús expresaba la misma admiración y gratitud cuando hablaba de esta inefable luz y gozo que Dios pone en el alma, diciendo: «Allá se avengan los del mundo con sus señoríos y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares; que si todo lo pudieran gozar sin los trabajos que traen consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que *no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos;* yo digo que no son dignos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacción, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite» (7).

Altísimo es el conocimiento de Dios que ponen estas noticias, y no es menor el gozo que producen. San Juan de la Cruz nos lo dice así: «El deleite que causan en ella (en el alma) estas (noticias) que son de Dios, no hay cosa a qué le poder comparar, ni vocablos ni términos con qué le poder decir; porque son noticias del mismo Dios y deleite del mismo Dios, que, como dice David, *no hay como El cosa alguna.* Porque acaecen estas noticias derechamente acerca de Dios, sintiendo altísimamente de algún atributo de Dios, ahora de su omnipotencia, ahora de su fortaleza, ahora de su bondad y dulzura, etc.; y todas las veces que se siente, se pega en el alma aquello que se siente. Que por cuanto es pura contemplación, ve claro el alma que no hay cómo poder decir algo de ello, si no fuese decir algunos términos generales,